

MONTEMOLIN. EVOLUCION DEL ASENTAMIENTO DURANTE EL BRONCE FINAL Y EL PERIODO ORIENTALIZANTE (CAMPAÑAS DE 1980 Y 1981)

*M^a. L. DE LA BANDERA ROMERO, F. CHAVES TRISTAN (1), M. ORIA SEGURA,
E. FERRER ALBELDA, E. GARCIA VARGAS y J. MANCEBO DAVALOS*

Universidad de Sevilla

Resumen

Este artículo acomete el estudio de la evolución del asentamiento de Montemolín, dando a conocer la secuencia estratigráfica completa y las transformaciones operadas en las edificaciones y en la vajilla cerámica a lo largo del Bronce Final y del período Orientalizante.

Summary

This paper attempts the study of the evolution of Montemolin's settlement, showing the stratigraphic sequence and the changes made in buildings as well as in pottery during the Late Bronze Age and the Orientalizing Period.

I INTRODUCCION

Las excavaciones arqueológicas en Montemolín se iniciaron en 1980, como campaña de urgencia para determinar lo que, desde la perspectiva metodológica imperante entonces, se definía como "secuencia cultural". Con este objetivo se llevaron a cabo dos cortes estratigráficos (C y D) de los que ya se publicó un avance (CHAVES-BANDERA, 1984, 141 ss.), aunque la excavación de los cortes no llegó a concluirse por falta de medios (2).

Con la misma finalidad, en 1981 se planteó un nuevo corte -E-, de mayores dimensiones, que sí vio cumplido el objetivo de obtener la secuencia estratigráfica hasta

(1) Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla.

(2) El Ministerio de Cultura dotó la excavación de urgencia con 50.000 pesetas.

tierra virgen, pero sólo se hizo pública la aparición de cerámica de “boquique” (CHAVES-BANDERA, 1981, 375 ss.). De la misma manera, para completar la planta de las estructuras que se habían documentado, se realizó el corte F, en forma de L, que sólo se excavó hasta los estratos orientalizantes más recientes.

La oportunidad de ofrecer los resultados completos no se ha producido hasta la fecha (3), y previamente a la publicación de la imprescindible Memoria hemos creído necesario presentar un resumen lo más completo posible de la evolución estratigráfica y cultural de este asentamiento considerado de primer orden. Dado el estancamiento, a nivel de planteamientos teóricos y actividades arqueológicas, en el que los estudios sobre el I milenio en el Bajo Guadalquivir parece haber entrado, Montemolín puede convertirse en un revulsivo para esta situación. Ahora bien, hay que precisar que tanto la metodología como la óptica por la que nos hemos guiado se inserta de manera plena en la correspondiente a los años de excavación. No nos ha parecido honrado reinterpretar datos ni aplicarles un “barniz actual” por lo que hemos intentado en la medida de lo posible prescindir de las interpretaciones más recientes (CHAVES-BANDERA, 1993; EADEM, 1991; CHAVES y otros, 1993).

También es conveniente detallar que las conclusiones estratigráficas son el resultado del estudio de los cortes publicados e inéditos, por lo que es lógico algún cambio en lo que se refiere a la terminología y a la ordenación de los niveles artificiales respecto a los avances ya emitidos (CHAVES-BANDERA, 1984; ID, 1987a). Los estratos se han reunido en dos grupos identificados con los cortes D-E-F y C, que se corresponden con el interior y exterior de los edificios respectivamente, prácticamente desde los estratos inferiores.

II PERIODIZACION

II.1 Bronce Final Precolonial

En la primera fase de ocupación del cerro de Montemolín se han podido documentar dos subfases bien diferenciadas siguiendo criterios estratigráficos y tipológicos.

II.1.1 Subfase Ia.

Es consecuencia del primer asentamiento humano detectado en este sector del yacimiento. Se corresponde con los niveles inferiores del corte E, equivalentes a los estratos naturales XXIV a XXI, hasta una profundidad aproximada de cuatro metros desde la superficie de la elevación.

(3) La Dirección General de Bienes Culturales ha subvencionado la elaboración de la Memoria de las excavaciones con 500.000 pesetas para el curso de 1992. La Memoria correspondiente a las dos primeras campañas Montemolín (Marchena, Sevilla). Memoria de las campañas estratigráficas (1980-1981) ha sido depositada ya en registro (fecha 31 de marzo de 1993). Dado el volumen de documentación no ha sido posible la conclusión de la Memoria del resto de las campañas, para la que se espera la correspondiente subvención.

Sobre la marga natural, de escasa consistencia, se realizó una serie de hoyos irregulares que se acompañaban de piedras sueltas y que no definen con claridad estructuras de habitación o almacenamiento. No hay ningún otro indicio de construcciones que avalen la existencia de un hábitat estable, documentándose únicamente pequeños hogares aislados y una considerable proporción de material cerámico. En este sentido es preciso señalar que el área abarcada por el corte E, el único que ha profundizado hasta tierra virgen, no es lo suficientemente significativa como para poder llegar a unas conclusiones definitivas sobre el carácter de la primera ocupación de Montemolín, ya que podría haber coincidido con una zona no edificada.

Inmediatas a la marga se suceden varias capas de sedimento rojizo selladas por un potente incendio que se cubre, a su vez, con el pavimento que inaugura la fase Ib. Este ha sido el argumento estratigráfico en el que hemos basado la compartimentación de esta primera fase, distinción que se acompaña también de un cambio gradual, no brusco, en la vajilla cerámica, tanto en lo que afecta a los tratamientos superficiales como a la tipología formal.

La cerámica bruñida constituye el conjunto más numeroso y homogéneo (40,5%). Si a esta cifra le sumamos el porcentaje de las cerámicas tratadas, espatuladas y alisadas (26%), con formas semejantes, comprobamos su predominio frente a la vajilla menos cuidada (33,3%). En esta primera fase documentamos piezas de gran calidad técnica, con un bruñido muy cuidado en una o las dos caras, y superficies muy brillantes de color negro o castaño. El repertorio formal de este grupo se concreta en la abundancia de cuencos con carena marcada y borde corto y engrosado al interior (Fig. 4: 2 y 4), cuencos de perfil en S (Fig. 4: 5) o cuencos semiesféricos de borde engrosado al interior, entre las formas abiertas, y los vasos bicónicos, que son los que caracterizan la fase. Se diferencian dos lotes según el tamaño del recipiente, uno formado por vasos de reducidas dimensiones -en torno a los 10 cm de diámetro- y superficies muy cuidadas (Fig. 4: 10, 11 y 13), y otro con diámetros de boca superior a los 20 cm (Fig. 4: 12 y 14). Dentro de las formas cerradas también destacan recipientes con el cuello estrangulado y algún recipiente de borde entrante.

Casi la única decoración de la cerámica bruñida se limita a la aplicación de pintura roja superficial y a incisiones rellenas de almagra en fragmentos atípicos. Hay algún motivo reticulado e impresión de pequeños círculos, hechos como con una matriz.

El repertorio tipológico de las cerámicas alisadas y espatuladas es prácticamente el mismo que para los recipientes bruñidos, al que se añade algunos fragmentos de boca acampanada (Fig. 4: 9). Igualmente limitado es el repertorio de los vasos sin tratamiento o con escobillado exterior, generalmente de cuerpo globular, cuello estrangulado y borde exvasado (Fig. 4: 16), a veces con impresiones en el hombro (Fig. 4: 6).

En líneas generales, el repertorio cerámico de la subfase Ia tiene paralelos muy semejantes en yacimientos del Valle del Guadalquivir. En Carmona (Sevilla), el estrato 5 de la excavación de 1959 (CARRIAZO-RADDATZ, 1960, 353 ss.) es similar en todos

sus aspectos a la fase Ia. Tipológicamente, la cerámica documentada es muy semejante, dominando los vasos bicónicos bruñidos en sus dos versiones, pequeña y grande (CARRIAZO-RADDATZ, 1960, 364, Fig. 12: 1 y 3; 5, 7 y 14 respectivamente) y algún ejemplo de vaso de grandes proporciones de paredes rectas y borde redondeado y exvasado.

Este paralelismo también se refleja en el nivel 11 del corte CA-80/B, realizado en otro sector de la ciudad denominado “El Picacho”. Los fragmentos cerámicos de este nivel vuelven a mostrar la preferencia por los tratamientos bruñidos y alisados, las formas bicónicas y los platos con carena marcada y borde corto y engrosado al interior (PELLICER-AMORES, 1985, 116, Fig. 45: 1, 2 y 13). También es destacable la similitud de las decoraciones, impresa puntillada e incisa. Los autores datan este nivel (estrato VI) en el siglo X a.C.

En la Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla) encontramos formas cerámicas de iguales características en el estrato XIII, Fase IIa. Se vuelven a repetir las formas bicónicas bruñidas en los dos tamaños señalados, los cuencos de perfil en S, los marmelones y la decoración pintada (AUBET y otros, 1983, 71, Fig. 22: 43; Fig. 23: 45; Fig. 23: 45, 46 y 47; 72, Fig. 23: 55). Sin embargo, junto a estos tipos aparecen otros de tradición del Bronce Pleno del Suroeste, y formas más tardías (platos con decoración geométrica bruñida) que normalmente se documentan en fases posteriores, lo que ha hecho pensar en la contaminación del potente estrato (PELLICER, 1989, 166).

La cronología de éste ocuparía un lapso de tiempo considerable, desde mediados del II milenio hasta los siglos IX-VIII a.C., iniciándose la Fase IIa hacia 1520 a.C., según las dataciones radiocarbónicas, y perdurando hasta comienzos del I milenio (AUBET y otros, 1983, 137).

En Colina de los Quemados, en la capital cordobesa, los paralelos más exactos los encontramos en el estrato 16, con el predominio del tratamiento bruñido en las formas ya habituales bicónicas y carenadas (LUZON-RUIZ MATA, 1973, 14-15, Lám. V, VI y VII). La cronología atribuida por los autores a los estratos 17 y 16 se centra, sin mayor precisión, en los siglos X-IX a.C.

Por último, en el Monte Berruoco (Medina Sidonia, Cádiz) los estratos IV y V pertenecientes al Bronce Final Precolonial, y el estrato VI, incluido en un horizonte colonial, ofrecen paralelos aproximados a la Fase Ia de Montemolín. Aunque la variedad tipológica dista de la de Montemolín, son frecuentes las urnas bicónicas con borde engrosado y los vasos cerrados globulares con borde entrante y engrosamiento interior (ESCACENA-FRUTOS, 1985, 76, Fig. 29: 203; Fig. 31: 225 y 228; Fig. 32: 239; y 71, Fig. 25: 163 y 169 respectivamente). Para los estratos precoloniales los autores proponen una fecha genérica con el límite superior en el cambio de milenio y el inferior en el 750 a.C., a partir de la cual intuyen la influencia fenicia en la vajilla fabricada a mano.

Según se deduce de los datos expuestos, el horizonte que inaugura el hábitat de Montemolín puede fecharse en los siglos X-IX a.C., quizás más en este último, como

ya se ha señalado en otras ocasiones (CHAVES-BANDERA, 1981; ID, 1984; ID, 1987; CHAVES y otros, 1993). Este hecho parece coincidir con lo que algunos autores interpretan como el preámbulo de la fundación de nuevos asentamientos durante el Bronce Final, como Colina de los Quemados, Mesa de Setefilla, Carmona, Huelva o Lebrija, tras un *hiatus* poblacional que afectaría a la región desde fines del Bronce Pleno hasta el Bronce Final, previo a la llegada de los colonizadores orientales. Ello se traduciría en la ocupación de los mismos asentamientos que se habitaron durante el Bronce Pleno e incluso el Calcolítico en respuesta a un auge demográfico y a unas necesidades estratégico-defensivas y económicas (ESCACENA-BELEN, 1991, 25).

Otras interpretaciones igualmente recientes no contemplan este salto cronológico, produciéndose una evolución del Bronce Pleno o Medio hacia el Bronce Reciente I, caracterizado por su indefinición, con elementos que se relacionan con el período anterior e incluso con el Campaniforme tardío, y con el horizonte Cogotas I, y datado hacia 1200-1000 a.C. La continuidad del poblamiento se pondría de manifiesto en el Bronce Reciente II (1000-750 a.C.), cuando se produce una eclosión poblacional y la documentación de cerámicas de boquique, excisas, pintadas y de retícula bruñida (PELLICER, 1989: 156 ss.). La continuidad poblacional y cultural también es defendida por MARTIN DE LA CRUZ (1989, 132 ss.) mediante horizontes culturales elaborados a partir de la secuencia estratigráfica del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), que se suceden sin interrupción: Bronce Reciente A y B (I y II).

Este panorama destila ante todo confusión y hace evidente el problema que subyace a esta cuestión: la falta de unas bases sólidas, materiales y cronológicas, necesarias para una sistematización con ciertas garantías de verosimilitud. La importación de períodos y fases de otras áreas como el Sudeste, la Meseta o la zona atlántica ha sido convenientemente comentado en su contra (ESCACENA-BELEN, 1991, 10), al tratarse de áreas geográficas y económicas bien diferenciadas (no se cuestionan contactos intensos entre éstas).

Por otro lado, la documentación referente a las postrimerías del Bronce Pleno e inicios del Bronce Final no es la suficiente como para establecer un marco cronológico y cultural plenamente identificado. Si la aparente ausencia de un Bronce Pleno en el Bajo Guadalquivir, justificada en su día por la pervivencia del Campaniforme (PELLICER, 1986, 248), y la continuidad estratigráfica con el Bronce Final se habían solucionado en parte con la excavación de Setefilla y Monte Berrueco, al documentarse un Horizonte Pleno del Bronce con personalidad propia y dataciones radiocarbónicas (siglos XVI-XIV a.C.), seguido de los estratos formativos del Bronce Final; ahora, con las revisiones de estas estratigrafías, la continuidad parece tambalearse ante la existencia de un intermedio poblacional que abarcaría los últimos siglos del II milenio y los inicios del I a.C. (ESCACENA-BELEN, 1991, 25).

A este respecto pocos datos podemos añadir que no hayan analizado exhaustivamente los autores, aparte de los de Montemolín que no parecen sino confirmar la

fundación de este asentamiento en un momento indeterminado de fines del siglo X o del siglo IX a.C.

Sin embargo, sí queremos hacer algunas consideraciones con respecto al *hiatus* y a algunas contradicciones de este fenómeno. En primer lugar, “no hay mal que cien años dure”. Con ello queremos decir que un vacío de población de varios siglos es difícilmente demostrable en un área como la Baja Andalucía, sin excesivos contrastes climáticos, con posibilidades económicas infinitas y una geografía muy propicia para los contactos con áreas vecinas. Ni epidemias ni guerras ni cambios climáticos creemos que pueden justificar este *hiatus* de siglos. En este sentido, un cambio climático extremado hubiera repercutido igualmente en el resto de la Península Ibérica, o como poco en el sur de ésta, en Portugal y en el SE, fenómeno que no se detecta, que nosotros sepamos, en las citadas regiones. Además el despoblamiento lleva implícito la repoblación que, en el caso del Bronce Final del Bajo Guadalquivir, debió ser repentina, según el origen sincrónico de la mayoría de los asentamientos estudiados. El auge demográfico tiene que ser explicado a partir de un sustrato precedente, o bien a través de migraciones (a gran escala en nuestro caso), fenómeno éste que no creemos aplicable al marco temporal y espacial que nos ocupa.

En segundo lugar, aun aceptando el *hiatus* en los hábitats analizados, éste sólo afectaría a los asentamientos conocidos, y no al territorio en sí. Puede que se haya producido un cambio en el patrón de asentamiento al transformarse las necesidades económicas y estratégico-defensivas, y los lugares que se habitaron durante el Calcolítico y el Bronce Pleno vuelvan a ocuparse ahora. El hábitat rural disperso, los asentamientos no estables y el fenómeno del nomadismo son difíciles de detectar a partir de la Arqueología tradicional, por lo que sólo tenemos constancia de hábitats lo suficientemente estables como para dejar huellas reconocibles (generalmente los hábitats de este período se relacionan con grandes asentamientos con un desarrollo en etapas posteriores).

Con respecto al nivel fundacional y su relación con los estratos homólogos de yacimientos como Carmona y Setefilla debemos hacer algunas consideraciones. El estrato 5 de Carmona (1959) es fechado en el Bronce Final “en función de los pequeños vasitos bicónicos y, en todo caso, de la ausencia de decoraciones bruñidas” (ESCACENA-BELEN, 1991, 16). Ahora bien, el nivel 11 del corte CA-80/B, fechado por sus excavadores en el siglo X a.C. (PELLICER-AMORES, 1985), con cerámicas similares a las del corte anterior e idénticas a las de la fase Ia de Montemolín, es datado en el Bronce Pleno, forzando el paralelo quizás para justificar el *hiatus*. Se podría pensar, siguiendo este razonamiento, que la fase Ia de Montemolín pertenece a un horizonte Pleno del Bronce, reconociendo el *hiatus* en el incendio sellado por el pavimento que inaugura la fase Ib.

Sin embargo, la evolución tipológica y porcentual de la cerámica, así como la aparición de formas novedosas -platos carenados- y los paralelos citados, desaconsejan

esta explicación y hacen perfectamente posible el cuadro cronológico propuesto para el estrato VI de Carmona, aunque quizás se podría rebajar la cronología hasta el siglo IX a.C. La cercanía de los dos hábitats avala el comportamiento similar.

En lo que se refiere a la Mesa de Setefilla, el controvertido estrato XIII del corte 3, fase IIa, da pie en la misma ocasión (ESCACENA-BELEN, 1991, 14-15) para la valoración del *hiatus* entre el Bronce Pleno y el Final a partir de procesos de decantación de restos arqueológicos. Para nosotros, la relación detallada de las cotas donde fueron encontradas las piezas cerámicas (AUBET y otros, 1983, 70 y 74) es suficiente para considerar removido desde antiguo el estrato, y para anteponer la precaución ante cualquier consideración al respecto.

II.1.2 Subfase Ib.

El estrato XX marca una ruptura con los niveles anteriores y el inicio de una nueva fase mediante un pavimento de guijarros que en algunas zonas presenta incluso dos hiladas y en el ángulo NO del corte E se relaciona con un hogar. Sobre él se superponen varios suelos de ocupación de coloración rojiza (estrato XIX) o parda (XVIII), apisonados intencionadamente e interrumpidos por manchas de fuego que confirman la actividad desarrollada sobre ellos.

No conocemos estructuras constructivas distintas del pavimento, aunque sin duda debieron existir dado el carácter permanente y elaborado del suelo de guijarros. En cambio, el estrato XVII, que forma el límite superior de la subfase Ib, es la base sobre la que se prepara el terreno para la construcción de un gran edificio, perteneciente ya a la Fase II del Bronce Final en Montemolín.

Los cuatro estratos que forman la fase Ib (estratos XX a XVII) no han documentado ningún fragmento de cerámica a torno.

El porcentaje total de los fragmentos bruñidos registra un descenso con respecto a la fase antecedente (23,7%). La cerámica con tratamiento superficial alisado o espatulado alcanza el 26,4%, de manera que ambos grupos se ven superados por el gran volumen de cerámica tosca (49,7%).

En el grupo de las bruñidas se aprecia un cambio visible también en el predominio de las formas abiertas y en el empeoramiento de la calidad del tratamiento superficial. No aparecen decoraciones, excepto varios fragmentos con motivos geométricos bruñidos e incisos (Fig. 5: 10 y 11), y algunos pintados a la almagra.

La forma más característica es el cuenco carenado de borde corto y grueso (Fig. 5: 1, 5 y 7), y, entre las formas cerradas, perduran los vasos bicónicos y los de boca acampanada (Fig. 5: 4).

La cerámica tratada, alisada o espatulada, refleja poca diferencia con el repertorio formal anterior. Predominan los tratamientos alisados por ambas caras en grandes vasos de almacenamiento (Fig. 5: 15) y escasean las piezas decoradas, con la excepción de algunos fragmentos con almagra e incisiones con pintura roja.

La cerámica de factura tosca mantiene las características técnicas que serán uniformes en todos los períodos. Se reducen las decoraciones peinadas sin que otros motivos (digitaciones, incisiones) lo sustituyan con claridad. Sólo en estos recipientes encontramos elementos de suspensión, generalmente mamelones. Las formas más características son los cuencos de tendencia semiesférica (Fig. 5: 12), los vasos globulares de borde entrante y las consabidas “ollas” (Fig. 5: 13, 14 y 19), algunas con impresiones en el hombro (Fig. 5: 17).

Los materiales cerámicos de esta fase son poco definidores, teniendo que recurrir para su datación a la escasa presencia de la decoración geométrica bruñida, la abundancia de la cerámica tosca y a la perduración de algunas formas de la subfase anterior.

Los paralelos más aproximados los hemos encontrado en el estrato V del corte CA-80/B de Carmona (PELLICER-AMORES, 1985, 117, Fig. 46), con una cronología centrada en el siglo IX a.C.

En la Mesa de Setefilla, las contradicciones que presenta el estrato XIII nos impide hacer una valoración ajustada. Tanto en este estrato como en el siguiente (estrato XIIa, fase IIb) aparecen ya profusamente cerámicas con decoración geométrica bruñida y perfiles algo más evolucionados que los de Montemolín. Por ello podemos situar cronológicamente esta subfase inmediatamente antes del estrato XIIa de Setefilla, datado en el siglo VIII a.C. (AUBET y otros, 1983, 86).

En Lebrija, en el sector de Huerto Pimentel (TEJERA, 1985, 103, Fig. 10), también encontramos formas cerámicas parecidas en el estrato IV, donde se documentó un peine de hueso con decoración geométrica similar a la de las cerámicas tipo Carambolo y fechable en el siglo VIII a.C. (ESCACENA-BELEN, 1991, 20). Por último, el nivel fundacional del Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla), datado en la primera mitad del siglo VIII a.C. mantiene semejanzas en los cuencos profundos de carena alta y escasa representación de la decoración geométrica bruñida (DOMINGUEZ y otros, 1988, 119 ss.).

La datación de esta subfase, siguiendo los ejemplos analizados, puede atribuirse al final del siglo IX y principios del VIII a.C.

II.2 Bronce Final con cerámicas a torno

La segunda fase del Bronce Final en Montemolín comprende los estratos XIII al IX del corte C y XVI-XIII de los cortes D-E. Esta distribución no es exactamente la misma que hemos presentado recientemente (CHAVES y otros, 1993, 503), donde el estrato XIII del corte C se incluía en la etapa anterior, y el estrato XIII de los corte D-E en un Orientalizante antiguo. Considerando que el primer caso se trata de la base de la construcción del edificio y el segundo de su derrumbe, creemos definitivamente más coherente incluirlos en un mismo período que incluya toda la vida de la edificación.

Esta fase se corresponde, por lo tanto, con la construcción, uso y abandono de un gran edificio de planta oval, con zócalo de piedras que recubren un núcleo de tapial y alzado de adobes. Desde ese momento podemos distinguir dos estratigrafías para-

lelas, al interior y al exterior del edificio (cortes D-E y C respectivamente), con sucesivos niveles de ocupación definidos por pavimentos apisonados. Los restos de adobes acumulados en los estratos X de C y XIII de D-E pertenecen ya al derrumbe de los muros y sobre ellos se asientan las construcciones del período Orientalizante.

El material cerámico no experimenta a lo largo de esta fase cambios sustanciales. La principal novedad es la aparición de manera esporádica de la cerámica a torno (no llega al 1% en el total de la fase y alcanza un 2% en el estrato XV de D-E), limitada a fragmentos atípicos de ánforas y un fragmento de barniz rojo (estrato XI, corte C).

Por lo demás, el descenso en el porcentaje de la cerámica bruñida es evidente (17,6%), manteniéndose la proporción de los tratamientos alisado y espatulado en torno al 35,6%. Si atendemos a la proporción global de la fase, la cerámica tosca es mayoritaria (45,7%), aunque porcentualmente es más abundante en el corte C.

La presencia en Montemolín de cerámica a torno significa el inicio de los contactos, directos o no, con las factorías fenicias establecidas en la costa, pero no justifica la consideración de la fase como orientalizante. Este fenómeno debe ser considerado más como elemento “exótico”, dentro de un contexto que remite mayoritariamente a la “tradicción indígena”, que como índice de definición cultural. Es por ello que denominamos a la fase Bronce Final precolonial con cerámicas a torno, etiqueta que en un principio puede parecer contradictoria.

En el grupo de las cerámicas bruñidas, el descenso del porcentaje contrasta con el incremento de la decoración geométrica bruñida (Fig. 6: 1, 4, 6 y 9). Entre las formas abiertas destacan los platos carenados de borde oval, evolución de los anteriores, y los cuencos con el borde engrosado al interior; y entre las cerradas, algunos ejemplos de vasos bicónicos (Fig. 6: 8, 10, 12, 13 y 17).

Mención especial merecen los cuatro fragmentos que definen un cuenco carenado de borde exvasado con decoración de “boquique” (CHAVES-BANDERA, 1981, 375 ss.). Proceden del nivel artificial 20 del corte E, correspondiente al estrato XVI de D-E.

La cerámica con tratamiento superficial alisado y espatulado presenta algunas novedades en relación al repertorio bruñido. Destacan los cuencos de borde recto y labio plano, las ollitas alisadas (Fig. 6: 18) y los vasos cerrados de boca acampanada (Fig. 6: 19).

Las cerámicas sin tratamiento tienen un repertorio formal relativamente amplio: cuencos de borde recto, engrosados a veces al interior y exterior, recipiente carenado con digitaciones y ollas globulares, alguna con asa (Fig. 6: 16), y vasos de boca acampanada. La decoración, muy ocasional, es impresa e incisa (Fig. 6: 20).

Este repertorio cerámico es el característico de los últimos momentos del Bronce Final Precolonial en el Bajo Guadalquivir, impresión que se refuerza por el hecho de que es ahora cuando se reciben las primeras importaciones a torno, aún muy escasas. Realmente lo que define a la fase es la aparición de formas abiertas con tratamiento bruñido o espatulado y decoración geométrica (retículas y dientes de sierra). Los grandes

vasos “a chardon” con alisamiento se hacen frecuentes a partir de esta fase, admitiéndose con reservas que la forma aparece en contextos que ya conocen las primeras importaciones de cerámica a torno (ESCACENA-FRUTOS, 1985, 44-45).

Junto a estas novedades, se mantiene en líneas generales el repertorio formal del Bronce Final, si bien tienden a desaparecer los grandes cuencos carenados sin decoración y los vasos bicónicos.

En cuanto al vaso con decoración de “boquique”, con motivos en zig-zag incisos, es propio de los estratos XV y XIV de Setefilla, en la Fase I -Bronce Pleno- (AUBET y otros, 1983, 51 ss.). Ello plantea el problema de la antigüedad de los elementos cerámicos correspondientes al “Horizonte Cogotas I” en el Suroeste peninsular, fenómeno que puede ser salvado recurriendo a un origen para estas cerámicas en el campaniforme local. Así parecen sugerirlo los motivos de dientes de lobo excisos y de boquique procedentes de los silos de El Barranquillo en Carmona (CARRIAZO-RADDATZ, 1960; AMORES-RODRIGUEZ, 1983), que, a juzgar por el contexto donde se documentaron, deben ser asimilados al campaniforme; o los fragmentos procedentes de los niveles 12-13 del corte CA-80/B presentados como campaniformes (PELLICER-AMORES, 1985, Fig. 44: 7-10). Desde luego, tal planteamiento supone aceptar una cierta continuidad cultural desde el Calcolítico al Bronce Final en la región (AUBET y otros, 1983, 63) lo que no parece hallarse en contradicción con la abundancia relativa de decoraciones de boquique en los yacimientos de la zona: El Barranquillo, La Batida, Carmona 1959, sondeo CA-80/B, Colección Bonsor, necrópolis romana de Carmona, El Picacho y Puerta de Sevilla en Carmona (AMORES, 1982; AMORES-RODRIGUEZ, 1983; CAÑAL, 1894; CARRIAZO-RADDATZ, 1960; PELLICER-AMORES, 1985).

Las cerámicas decoradas con técnica de boquique tienen un arco cronológico que abarca desde el siglo XVI a.C. en Setefilla, y XIV a.C. en El Berrueco (ESCACENA-FRUTOS, 1985, 34-35= 1360+/-80 a.C.), hasta el IX-VIII en Lebrija (CARO y otros, 1987, Fig. 9: 15), VIII-VII a.C. en el Llanete de los Moros (MARTIN DE LA CRUZ, 1989, 491-492) y XI-X de Carmona CA-80/B (PELLICER-AMORES, 1985, Fig. 45: 16). Los tipos que suelen acompañar a estas cerámicas corresponden por lo general a un Bronce Final Precolonial, asimilable a nuestra fase Ia. Ello es especialmente cierto en lo que respecta al corte de 1959 (CARRIAZO-RADDATZ, 1960, Fig. 12: 13) donde un fragmento idéntico a los nuestros se asocia a vasos bicónicos y cuencos carenados semejantes a los de la fase Ia de Montemolín. En Setefilla, además, los motivos en zig-zag en el interior del borde aparecen por última vez en la fase IIb, equivalente a nuestra subfase Ib.

A este “horizonte” cultural creemos que deben adscribirse los fragmentos de Montemolín. Su aparición en un estrato cronológicamente posterior (XVI de los cortes D-E) debe responder al hecho de que se trata de un relleno efectuado para nivelar la superficie antes de la construcción del primer edificio de planta oval, lo que supone

que pudieron llegar en el vertido de tierra donde se asociarían a los fragmentos a torno que fechan el estrato un siglo más tarde.

En líneas generales, formas cerámicas semejantes a las de esta Fase de Montemolín pueden encontrarse en el estrato XIIa de Setefilla, fechado en el siglo VIII a.C. (AUBET y otros, 1983, 86). Nos referimos concretamente a los platos carenados con decoración geométrica bruñida, así como las grandes cazuelas carenadas.

Semejante composición presenta el estrato 4 de Carmona (CARRIAZO-RADDATZ, 1960, Fig. 11: 5-10 y 16), los estratos X del corte CA-80/A y IV del CA-80/B (PELLICER-AMORES, 1985, Fig. 13: 6 y Fig. 48: 9 respectivamente), y, en la bahía de Cádiz, los estratos VI y VII de El Berrueco, asignados por los autores a un Bronce Final Colonial, a pesar de la ausencia de cerámica a torno, y teniendo como base los vasos de boca acampanada (ESCACENA-FRUTOS, 1985, 44). Debe señalarse la ausencia en El Berrueco de cerámica bruñida con decoración geométrica para esta fase. No ocurre lo mismo con el estrato I del Cerro Macareno (PELLICER y otros, 1983: Figs. 74-75) que puede paralelizarse a la Fase II de Montemolín.

En conclusión, esta fase debe ser considerada como el momento en que se reciben las primeras importaciones de cerámica a torno, aún en un ambiente general dominado por formas evolucionadas de fases anteriores que están dando lugar a nuevos tipos, en tanto que otros (urnas de boca acampanada) han de considerarse tal vez imitaciones de formas orientales. Todo ello tiene lugar en el siglo VIII a.C., posiblemente a partir de la segunda mitad si atendemos a las cronologías de los enclaves costeros fenicios más antiguos y a los asentamientos próximos como Setefilla y Cerro Macareno.

II.3 Período Orientalizante

Para la definición y estructuración de este período prescindiremos de las divisiones tripartitas habituales (Orientalizante Antiguo, Medio o Pleno y Final) creadas a nuestro juicio por comodidad y sin más fundamento que la tradición consagrada. Emplearemos por el contrario una división en fases, equivalentes a las cuatro fases constructivas detectadas en este sector del asentamiento.

II.3.1. Fase I.

La primera fase del período Orientalizante comprende los estratos XII-XI de los cortes D-E y VIII de C. El cambio operado en las construcciones y la presencia más abundante de cerámica a torno son los indicadores de las transformaciones respecto a la fase anterior.

Cronológicamente la primera construcción de la fase es un edificio de planta rectangular y orientación NO-SE, con zócalo de piedras y alzado de adobes, enlucido en ambas caras y con pavimentos de tierra rojiza igualmente enlucida. Sin embargo esta construcción no se detectó en los cortes stratigráficos C-D-E-F, sino al sureste de éstos, durante la campaña de 1985 (CHAVES-BANDERA, 1991; CHAVES y otros, 1993), por ello clasificado edificio B. Muy poco tiempo después se levantó en la zona

W y sobre los restos arruinados del edificio oval del período anterior una nueva construcción. Esta (edificio A) mantiene la planta oval y la misma orientación NE-SO, pero una técnica constructiva distinta. La base es un zócalo de grandes piedras trabadas con barro, al que se adosa un banco corrido de adobe en su cara interna. El estrato XII de los cortes D-E es precisamente el pavimento de esta estructura: tres capas de sedimento rojo, cal y de nuevo tierra roja. Sobre este pavimento, manchas de cenizas y restos de fauna y cerámica evidencian la ocupación. Se documenta también un hogar bien delimitado, que en fases posteriores se mantendrá en el mismo lugar.

El conjunto cerámico muestra por primera vez un volumen considerable de cerámica a torno (10,25%), con predominio de los fragmentos sin decoración. El resto de los grupos mantiene proporciones muy equilibradas: bruñida 31,5%, alisadas y espatuladas 26%, y tosca 32,2%.

El repertorio formal a torno es reducido por ser más numerosos los fragmentos atípicos. Se documentan recipientes de grandes dimensiones y borde exvasado entre las formas abiertas (Fig. 7: 2), y, en las cerradas, un ejemplar de ánfora tipo Vuillemot R-1 (Fig. 7: 3), y un *pithos* con asa trigeminada y decoración de bandas rojas (Fig. 7: 1). La decoración pintada se limita a anchas bandas de color rojo coral y sólo los grandes recipientes de almacenamiento reciben un tratamiento superficial, un engobe de color pajizo o crema que cubre el exterior del vaso.

Entre la cerámica realizada a mano, las bruñidas modifican el tratamiento superficial, presente por lo general en una sola cara (la otra alisada o espatulada) y el repertorio formal, generalizándose los platos semiesféricos de borde redondeado (Fig. 7: 4, 5, 6, 8 y 9) y engrosado al interior y los cuencos carenados (Fig. 7: 7 y 11), y entre las formas con tratamiento alisado, los vasos “a chardon” (Fig. 7: 13).

La cerámica tosca no presenta novedades respecto al período anterior. Tan sólo destacamos una mayor incidencia de la decoración de impresiones digitales en el hombro de las ollas (Fig. 7: 18).

En resumen, a diferencia de la etapa anterior, el “impacto” orientalizador no se limita a la aparición esporádica de recipientes fabricados a torno. La huella es más profunda y, sobre todo, se hace duradera y progresiva. Las pervivencias de la “tradicción indígena” son importantes y en la construcción A es evidente: el edificio mantiene exactamente la planta y la orientación del que le precedió, levantado en la etapa precolonial. En cambio se pavimenta con capas de arcilla roja y cal, como se documenta en yacimientos costeros, caso del “barrio fenicio” de Dña. Blanca, a mediados del siglo VIII a.C. (RUIZ MATA, 1992, 18 ss.). En Montemolín el edificio B, que no se detectó en las primeras campañas y que diseña una planta rectangular con habitaciones en torno a un gran patio, presenta este mismo tipo de pavimento (CHAVES-BANDERA, 1991, 698-707 y n. 45, Figs. 10-11; CHAVES y otros, 1993, 504).

La misma mezcolanza de tradiciones se observa en el material cerámico, donde el predominio absoluto de las piezas fabricadas a mano contrasta con la documentación

de los primeros *pithoi*, las ánforas y la decoración pintada. Este fenómeno se produce de la misma manera en numerosos yacimientos de Andalucía Occidental, como por ejemplo en el estrato 12 de Colina de los Quemados (LUZON-RUIZ MATA, 1973, 17-20, Láms. XII-XVIII), los estratos IX-VIII del corte 3 de Setefilla (AUBET y otros, 1983, 90-97, Figs. 34, 36, 39), los niveles 26-25 de Cerro Macareno (PELLICER y otros, 1983, 70, Fig. 71) y el nivel IIb de Tejada la Vieja, donde se señala como significativo de la fase orientalizante la decoración impresa en los vasos toscos (FERNANDEZ JURADO, 1987, 127-128). La aparición frecuente de este tipo de vasos en Montemolín descarta la limitación del fenómeno a los poblados metalúrgicos como Tejada.

En los estratos IX-VIII del corte CA-80/A de Carmona encontramos conjuntos semejantes a los de Montemolín aunque combinados con materiales a torno que aparecen en fases posteriores de este asentamiento. El mismo fenómeno ocurre con el estrato 11 de Colina de los Quemados.

En realidad, el repertorio cerámico realizado a mano marca en esta fase los rasgos habituales durante todo el período Orientalizante. Las variaciones se darán en porcentajes y calidad de los tratamientos, pero no en las formas, de ahí que la cerámica a torno se constituya en el indicador cronológico más fiable. Esta es escasa y las formas y decoraciones no son siempre identificables.

La cerámica de barniz o engobe rojo, fósil guía habitual de este momento, en Montemolín es propia del siglo VII a.C. (MANCEBO, 1992). Entre las cerámicas pintadas, la única forma bien caracterizada es un *pithos* decorado con una banda roja (Fig. 7: 1), con prototipo en Chipre y en el ámbito colonial malagueño, y cronología del siglo VIII a.C., extendiéndose hacia el interior en el VII a.C. (BELEN-PEREIRA, 1985, 323; RUIZ-MOLINOS, 1992, 62).

Las ánforas Vuillemot R-1 se fechan de manera amplia en los siglos VIII-VII a.C. (MUÑOZ, 1987) y los cuencos con bordes exvasados, hasta final del período. Por todo lo expuesto, pensamos que la primera fase del período Orientalizante debe fecharse entre fines del siglo VIII y principios del VII a.C. Las influencias procedentes de la costa penetran lentamente y no podemos hablar en ningún caso de aculturación, pero sí de la presencia de elementos orientales, artesanos o comerciantes, que aportan las técnicas constructivas y las plantas de las edificaciones (de manera evidente en el edificio B) y algunos productos contenidos en las ánforas.

II.3.2. Fase II.

Con el abandono del edificio B y la construcción sobre sus restos de otro de planta similar (C) entramos en la segunda fase constructiva. Se detecta sobre todo en los estratos VII-VI del corte C, ya que el estrato correspondiente al uso del edificio A ha sido removido por las construcciones posteriores. La gran estructura oval A debió seguir en uso durante un corto espacio de tiempo. Los restos de habitación de este edificio

deben encontrarse revueltos en la nivelación para la construcción sobre él del edificio D (estrato X).

La construcción C sólo se documenta en las estratigrafías relacionadas con un potente muro de dirección NE-SE. Para su construcción se excavó una potente zanja (estrato VII, corte C) rellena de guijarros de río, mezclados con fragmentos cerámicos. El muro se construye con grandes piedras trabadas con barro.

En el análisis de los materiales sólo hemos tenido en cuenta los estratos correspondientes al corte C, debido a la distorsión que el relleno posterior produce en los restantes cortes. Destaca en la zanja de cimentación del edificio C un fragmento de cerámica a torno policroma con motivo de molinetes (Fig. 8: 1), así como fragmentos atípicos de ánforas. Entre la cerámica a mano predominan la bruñida, alisada y espatulada con motivos reticulados (Fig. 8: 4, 5 y 9), las formas abiertas como cuencos carenados (Fig. 8: 3 y 6), y los vasos “a chardon” (Fig. 8: 11); y, entre la cerámica tosca, las ollas con impresiones digitales o con incisiones (Fig. 8: 7, 8, 10 y 12).

II.3.3. Fase III.

Una nueva construcción -D- define la tercera etapa constructiva, detectable en los estratos X-VII de D-E-F y V-IV de C. El estrato X correspondería, por su posición en la secuencia, al uso del edificio oval A, y como tal lo hemos publicado (CHAVES y otros, 1993: 504). Sin embargo, el sedimento de greda verdosa que lo forma es el relleno de base de la nueva construcción por lo que debe ser considerado posterior a la vida de la edificación A y correspondiente a D. La planta de éste último es rectangular y se superpone, con la misma orientación, a A. El área excavada permite distinguir una habitación de pequeñas dimensiones, localizada en el corte F, y lo que parece un gran espacio abierto donde se sitúan varios hogares.

Al exterior de la construcción (corte C) puede reconocerse una calle pavimentada con guijarros y cal, dividida en dos por un murete transversal (c), interpretado como escalón o contención de la pendiente.

Los dos edificios de mayores dimensiones se encuentran en este momento en plena actividad. La sucesión de pavimentos en la construcción D (estratos X y VIII), y los incendios provocados por los hogares son testimonio de ello. El último de estos incendios, el del estrato VII, provoca una refección en el edificio dando paso a una nueva fase.

La técnica constructiva y las formas cerámicas son semejantes a las de la etapa anterior, con la aparición de la cerámica gris a torno como novedad más significativa. La cerámica a torno alcanza un 15% del total, entre la que destaca la pintada (7%) bicroma y policroma (Fig. 9: 1, 5, 7 y 8) con motivos figurativos, animales y vegetales, y geométricos -círculos concéntricos, triángulos rellenos de paralelas, molinetes- (CHAVES-BANDERA, 1986, 117 ss.; EADEM, 1993, 43 ss.). Entre las formas abiertas destacan los cuencos carenados de borde exvasado con decoración bicroma (Fig. 9: 5), y entre las cerradas los *pithoi* (Fig. 9: 1) y los vasos acampanados (Fig. 9: 4).

La cerámica a torno sin decorar está representada en cuencos semiesféricos, orzas (Fig. 9: 9), ánforas y *pithoi*. La cerámica gris, generalmente espatulada, presenta monotonía de formas, limitándose a los cuencos semiesféricos con diversas formas de borde, ligeramente vueltos u horizontales.

En el repertorio a mano, las cerámicas bruñidas confirman su descenso (11,5%), con formas semiesféricas de borde simple, platos carenados con decoración geométrica (Fig. 9: 14) y vasos “a chardon”. El porcentaje de la cerámica tratada, alisada o espatulada, es considerable (36,9%), y generalmente sigue los mismos tipos cerámicos que la bruñida (de hecho sólo se diferencian en la intensidad del tratamiento). Por último, la cerámica tosca (36,6%) repite las características de fases anteriores dominando las ollas con impresiones (Fig. 9: 10 y 11) y las copas (Fig. 9: 13). La suspensión habitual es el mamelón, que presenta una gran variedad.

Las fases II y III del período Orientalizante de Montemolín pueden ser consideradas conjuntamente a la hora de abordar su valoración ya que presentan un repertorio cerámico homogéneo. Se aprecia una tendencia sostenida al aumento de los porcentajes de la cerámica a torno a la que hay que añadir, desde la fase III, las grises.

El conjunto cerámico de las fases II-III ofrece un repertorio que puede ser considerado característico del siglo VII a.C., con formas que proceden de momentos anteriores y otras de nueva aparición. En general, formas y decoraciones son similares a las que presenta la fase I (estrato IIc) de Tejada, con predominio en cuanto al material a mano, de las ollas digitadas y los vasos “a chardon”; y los estratos VII-VI del corte CA-80/A de Carmona, donde, no obstante, son frecuentes las urnas Cruz del Negro, escasamente representadas en Montemolín en esta fase. También los niveles 22-24 del Cerro Macareno son paralelos, lo que coincide bien con las fechas propuestas para la aparición de la cerámica gris en este yacimiento, y en el estrato 11 de Colina de los Quemados (LUZON-RUIZ MATA, 1973, Láms. XIX-XXVI)

Proponemos, en definitiva, una datación que oscilaría entre el segundo cuarto del siglo VII a.C. para el comienzo de la fase II y fines de este siglo para los últimos momentos de la III.

II.3.4. Fase IV.

La reconstrucción, tras el incendio, del edificio D da lugar a la última fase constructiva del período Orientalizante, que es también la última identificable con claridad en las estratigrafías.

Debemos advertir que en los estratos más superficiales de la fase aparece algún material intrusivo de una etapa posterior, como una copa campaniense, forma Lamboglia 49, y recipientes a torno con formas muy evolucionadas. La causa es la remoción provocada en algunos sectores por el arado, aunque la composición de estrato es homogénea y se puede asignar sin reparos a este período.

En el edificio D pueden distinguirse dos áreas separadas por el muro f. Al norte del mismo (corte F) se delimita una estancia pavimentada con cuidado, primero con

arcilla y cal (estrato VIb), como las construcciones de las fases anteriores, y posteriormente con guijarros bien trabados (estrato IV). En esta habitación se concentraba la cerámica de mayor calidad, en especial los recipientes con decoración pintada figurativa.

El resto de la superficie se corresponde con un espacio abierto. Las continuas reparaciones del pavimento y el mantenimiento de dos hogares en puntos fijos a lo largo de la fase abogan por su identificación como patio.

En el exterior de la construcción no se detecta tanta actividad. Sólo el estrato III (corte C) documenta dos restos de hogares que parecen ocasionales, mientras que el II corresponde ya al derrumbe de las paredes de adobe.

El repertorio cerámico es uno de los indicios más evidentes del cambio operado en esta fase. Por primera vez la cerámica a torno representa un porcentaje notable (40,5%) y, entre ella, la cerámica gris a torno (3,8%). Este grupo presenta un acabado superficial espatulado o alisado, lo que, junto a su escasez, hace suponer su uso como vajilla de lujo. Sin embargo, apenas lo encontramos en el “almacén” de cerámica pintada del edificio D, lo que nos ha hecho pensar en una sustitución paulatina de los tipos a mano. Las formas habituales son los platos con carena poco marcada y borde exvasado (Fig. 10: 15), los cuencos de borde engrosado (Fig. 10: 14) y alguna forma cerrada de cuello estrangulado (Fig. 10: 16).

La cerámica pintada destaca por su amplio repertorio formal. Las decoraciones de bandas se pueden agrupar en dos motivos: anchas bandas rojas delimitadas por líneas negras, y bandas rojas estrechas situadas en el borde de pequeños recipientes abiertos. La decoración bicroma generalmente aparece sobre cuencos semiesféricos, platos, cuencos carenados (Fig. 10: 5 y 6), urnas Cruz del Negro (Fig. 10: 8 y 9), *pithoi* y vasos “a chardon”; y la pintada figurativa se aplica en *pithoi* y cuencos carenados, con motivos vegetales, animales y geométricos -triángulos rellenos de paralelas, sogueados- (Fig. 10: 3, 11 y 12).

La cerámica a torno sin decoración se limita normalmente a grandes recipientes de almacenamiento, ánforas (Fig. 10: 10) y orzas.

En el grupo de las cerámicas a mano, el volumen mayor corresponde a los vasos sin tratamiento (29,7%), de escasa variedad tipológica. La forma habitual es la olla de cuerpo globular, aunque las decoraciones impresas empiezan a escasear (Fig. 10: 17). Su lugar de aparición más frecuente es el gran espacio abierto donde se localizan las hogueras, lo que parece confirmar su uso en la cocina y explica que las superficies aparezcan a menudo quemadas.

La vajilla bruñida confirma su descenso (6,3%) mientras la que tiene tratamiento alisado o espatulado mantiene un porcentaje elevado (23,5%). Destacan los cuencos y platos con la carena más o menos marcada, los vasos “a chardon” y los soportes de carrete (Fig. 10: 20).

En la última fase constructiva parecen cuajar todas las características que se apuntaban en las fases II y III. En primer lugar, el porcentaje de cerámicas fabricadas

a torno supone una cifra indicativa de que la vajilla de esta especie no es sólo un elemento de excepción, sino que ha sido aceptada comúnmente, aunque aún no constituye la mitad del total.

Por otro lado, la clara diferenciación entre las formas cerámicas en lo que se refiere a su distribución espacial parece indicar una funcionalidad específica de las estancias. La pequeña habitación del edificio D concentra casi toda la cerámica de mayor calidad técnica, en especial los grandes *pithoi* con decoración polícroma, los vasos Cruz del Negro y los cuencos carenados con decoración bicroma. Es difícil interpretar la función de la estancia de otra manera que no sea como almacén de estos recipientes, bien por su contenido valioso o bien por la vajilla en sí, ya que no poseemos otros datos que configuren una hipótesis diferente. Si podemos afirmar que hay continuidad en esta función, ya que los estratos que rellenan la habitación son muy homogéneos en lo que al material respecta.

Otro espacio definido es un área abierta donde se concentra la cerámica realizada a mano. Aspectos como la documentación de hogares que ocupan un mismo espacio a lo largo de varios estratos, la concentración de restos óseos, y la misma vajilla cerámica, entre la que destaca, por su número y decoración, el recipiente conocido como “olla”, nos indican actividades relacionadas con la cocina y con el uso continuado del fuego y de una vajilla estandarizada.

Otro aspecto característico de la fase es la aparición en una proporción destacable de la vajilla gris a torno, cuyo uso ya se identificó en la fase anterior. Hay un predominio absoluto de las formas abiertas frente a las cerradas, fenómeno explicable ya que las formas cerradas continúan fabricándose a mano, de ahí el éxito de las ollas con decoración impresa e incisa, que hace innecesaria su sustitución por las formas a torno. La cronología asignada a este conjunto se centra en el siglo VI a.C. (MANCERO-BANDERA-GARCIA, 1992, 290). En el Castillo de Dña. Blanca, en el siglo VI a.C., como en Montemolín, la cerámica gris alcanza su mayor porcentaje de aparición, representada sobre todo por cuencos de borde engrosado y platos de borde cóncavo (RUIZ MATA, 1992, 35, Fig. 7, 10-12).

En líneas generales, continúan los tipos característicos de la vajilla orientalizante propia de la primera mitad del siglo VI a.C., definida por la perduración de las cerámicas a torno de raigambre fenicia con algunas transformaciones morfológicas, y la mayoritaria presencia de los tipos fabricados a mano. Es de destacar la documentación en esta fase de un alabastrón (Fig. 10: 18), una cabeza de carnero de terracota y un fragmento de peine de marfil y plata (CHAVES-BANDERA, 1984, 171, 173 y 159).

II.4 Período Ibero-turdetano

Se trata del momento peor descrito en la estratigrafía. A él corresponden algunos fragmentos cerámicos de los estratos I de los cuatro cortes. En todos los casos nos hallamos ante estratos de 0,30-0,35 m de potencia, con material rodado y removido

por las labores agrícolas. Estas parecen haber sido las responsables de la destrucción de las estructuras de este período. Las campañas posteriores han permitido documentar restos de habitación en otras zonas, así como grandes zanjas practicadas para saquear las estructuras orientalizantes, ambas datadas en el siglo III a.C. (GARCIA-MORAFERRER, 1989, 240).

Es difícil determinar la existencia de niveles de habitación en los siglos V-IV a.C., probablemente inexistentes. El hecho de que se documente la cerámica campaniense en un mismo estrato que las formas típicas orientalizantes, puede indicar la ausencia de habitación en los siglos intermedios, ya que el desmonte de los estratos superficiales afectaría en primer lugar a los niveles del siglo III a.C., como no parece ocurrir. Por contra, es evidente que las estructuras del siglo III a.C. se levantan encima de las orientalizantes, e incluso a costa de éstas.

El problema estratigráfico presentado por la falta de los estratos superiores en la zona más elevada del cerro no anula la posibilidad de una discontinuidad en la ocupación de Montemolín, o más exactamente de la zona excavada, hecho que parece bien apuntado en otros asentamientos del Guadalquivir Bajo y Medio a partir de la mitad del siglo VI a.C. (ESCACENA, 1987; RUIZ-MOLINOS, 1992, 67).

III SINTESIS Y CONCLUSIONES

La secuencia estratigráfica de Montemolín convierte a este asentamiento en un caso paradigmático en relación a la conducta poblacional de muchos asentamientos del valle del Guadalquivir. La inauguración del hábitat tiene lugar en un momento impreciso de los siglos X-IX a.C., como en Colina de los Quemados o Huelva, todos sobre cerros destacados, elegidos por su carácter estratégico y económico, y que en algunos casos habían sido habitados durante el Calcolítico y el Bronce Pleno. Las causas de este fenómeno, que podríamos denominar “refundación” de grandes asentamientos, más que auge demográfico, son por el momento desconocidas y difícilmente explicables a partir de una controvertida y escasa documentación arqueológica, aunque sin duda debe responder a las mismas o parecidas motivaciones que indujeron a poblarlos durante el III y II milenio a.C.

No hay estudios globales del poblamiento a todos los niveles, y no sólo al referido a los asentamientos más conocidos, por lo que resulta más que ardua la tarea de poder explicar la génesis del hábitat de Montemolín a partir de un modelo espacial prefijado. La dicotomía continuidad/*hiatus* no creemos que esté bien enfocada, porque el *hiatus* sólo se puede justificar en algunos de los asentamientos analizados pero no en un territorio tan amplio y en un período tan prolongado. Habría que referirse más a un cambio de los patrones de asentamientos y de la explotación de los recursos que a un des poblamiento generalizado.

La secuencia cultural del asentamiento documenta la evolución del hábitat a lo largo de tres períodos, el primero de los cuales -Bronce Final- se identifica con la fundación

del asentamiento (Fase I) y con la construcción de un gran edificio de planta oval (Fase II o Bronce Final con cerámicas a torno). Esta última fase conoce las primeras importaciones orientales y, como consecuencia de la intensificación de estos contactos, se genera un segundo período denominado Orientalizante, que se manifiesta en Montemolín en la asunción de técnicas constructivas, plantas de edificios, y técnicas, formas y motivos decorativos cerámicos plenamente orientales.

A fines del siglo VIII a.C. o a principios del VII a.C. se fraguan las características que marcarán la vida del asentamiento durante los dos siglos siguientes. Se lleva a cabo una labor constructiva casi febril, ejemplificada en el alzado de cuatro edificios B, A, C y D, y el registro cerámico incrementa sostenidamente el porcentaje de las cerámicas fabricadas a torno. La vitalidad y riqueza de esta fase se manifiesta también en la documentación de elementos de joyería (BANDERA, 1987; ID, 1989).

Ahora bien, la intensidad de esta transformación tiene que ser analizada contando con todos los elementos y no con una parte de ellos. Por un lado, hay factores que avalan sin duda alguna la presencia directa de elementos orientales, artesanos y/o comerciantes, en Montemolín (sobre todo técnicas constructivas y planimetría), pero, por otro lado, las formas y decoraciones cerámicas de honda raigambre local son siempre mayoritarias y de escasa evolución. A ello podemos añadir que, una vez levantado el edificio B, de planta rectangular, se construye otro -A-, contemporáneo durante algún tiempo, que recupera la planta oval del período anterior. El cambio de esquemas arquitectónicos puede responder más a la llegada de un artesano oriental o a una obra de encargo que a la absorción de valores foráneos que impliquen una auténtica aculturación. Además, lo que es evidente para Montemolín, un gran centro económico y estratégico, no tiene por qué hacerse extensivo a todo el territorio, de manera que esta "orientalización" puede limitarse a los grandes centros económicos y a las rutas de comercio, y a unos sectores concretos de la sociedad tartésica, la élite.

El período Orientalizante en Montemolín parece que finaliza en la segunda mitad del siglo VI a.C., no pudiendo seguirse la secuencia con claridad debido a la erosión de los niveles superficiales. Aun así, es factible la ausencia de habitación en el cerro en los siglos V, IV y parte del III a.C., lo que se puede relacionar con el comportamiento similar de asentamientos como Llanete de los Moros, Setefilla, Ategua o El Carambolo.

Este fenómeno de ocupación del espacio debe ser convenientemente analizado, teniendo presente que el cerro donde se levantaron los edificios es el más elevado de un conjunto de tres elevaciones, entre las que se incluye Vico, un *tell* artificial que documentó una secuencia inacabada desde el Bronce Final hasta época imperial romana de manera ininterrumpida (CHAVES-BANDERA, 1987b). Este fenómeno de reorganización del espacio habitado puede estar relacionado con la funcionalidad de las construcciones de Montemolín, enclavadas en una auténtica acrópolis, que quizás durante el período ibero-turdetano dejaron de tener el sentido que las había mantenido durante tres siglos. Un cambio en la organización social, la crisis que afecta a

Tartessos en el siglo VI a.C., problemas demográficos, etc.. pueden contarse entre los posibles factores que produjeron el abandono del área excavada y la continuidad del hábitat en Vico.

La repoblación del asentamiento a fines del siglo III a.C. parece coincidir con la Segunda Guerra Púnica y con el establecimiento de un campamento cartaginés en las inmediaciones (CHAVES, 1990; BANDERA-MARIN, 1985, 227 ss.), y el fin de la habitación de éste con el término de la contienda.

Bibliografía

- AMORES CARREDANO, F. (1982): *Carta Arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*. Sevilla.
- AMORES, F. y RODRIGUEZ, J.M. (1983): "Cogotas en Carmona y panorama general del fenómeno en Andalucía Occidental" *Mainake* V-VI, 73-86. Málaga.
- AUBET, M^a.E.; SERNA, M^a.R.; ESCACENA, J.L. y RUIZ, M.M. (1983): "La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979" *EAE* 122. Madrid.
- BANDERA, M^a. L. de la (1987): *La Joyería Orientalizante e Ibérica de la mitad sur peninsular (ss. VII al I a.C.)*. Tesis Doctoral microfich. Sevilla.
- (1989): *La Joyería prerromana de la provincia de Sevilla. Arte Hispalense*, 49. Excma. Diputación de Sevilla. Sevilla.
- BANDERA, M^a. L. de la y MARIN, M^a.C. (1985): "Sortijas ibéricas de imitación fenicio-púnicas" *RSF* XIII, 2, 227-231. Roma.
- BELEN, M^a. y PEREIRA, J. (1985): "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía" *HA* VII, 307-360. Huelva.
- CAÑAL, C. (1894): *Prehistoria de Sevilla*. Sevilla.
- CARO, A.; ACOSTA, P. y ESCACENA, J.L. (1987): "Informe sobre la Prospección Arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la c/ Alcazaba (Lebrija, Sevilla)" *AAA*'86 II, 168-174. Sevilla.
- CARRIAZO, J. de M. y RADDATZ, K. (1960): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona" *Archivo Hispalense* 103-104, 333-369. Sevilla.
- CHAVES TRISTAN, F. (1990): "Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en el sur de la Península Ibérica" *Latomus* XLIX, 3, 613-622. Bruselas.
- CHAVES, F. y BANDERA, M^a de la L. (1981): "La cerámica de "boquique" aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)" *Habis* 12, 375-382. Sevilla.
- (1984): "Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)" *BAR. International Series* 193, 141-186. Oxford.
- (1986): "Figürlich verzierte Keramik aus dem Guadalquivir-gebiet. Die funde von Montemolín (bei Marchena, Sevilla)" *MM* 27, 117-150.
- (1987a): "Excavación en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla) 1985" *AAA*'85 II, 369-375. Sevilla.
- (1987b): "Excavaciones arqueológicas en el cortijo de Vico" *AAA*'85 III, 372-379. Sevilla.
- (1989): "Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto" *Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, 43-82. Colonia 1989.
- (1990): "Informe de la campaña de excavación de 1987: Montemolín (Marchena)" *AAA*'87 II, 317-327. Sevilla.
- (1991): "Aspectos de la urbanística en Andalucía Occidental en los siglos VII-

- VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)” *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici II*, 691-714. Roma.
- CHAVES, F.; BANDERA, M^a.L.; GARCIA, E.; FERRER, E. y ORIA, M. (1993): “Montemolín 1980-1992” *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos*, 501-514. Huelva.
- DOMINGUEZ DE LA CONCHA, M.C. y otros (1988): “Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)” *NAH* 39, 119-186. Madrid.
- ESCACENA CARRASCO, J.L. (1987): “El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir” *Iberos*, 273-298. Sevilla.
- ESCACENA, J.L. y BELEN, M^a. (1991): “Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos” *Cuadernos del Suroeste* 2, 9-42. Huelva.
- ESCACENA, J.L. y FRUTOS, G. de (1985): “Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)” *NAH* 24, 9-90. Madrid.
- FERNANDEZ JURADO, J. (1987): “Tejada la Vieja. Una ciudad protohistórica” *HA IX*. Huelva.
- GARCIA, E.; MORA, M. y FERRER, E. (1989): “Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)” *Habis* 20, 217-243. Sevilla.
- LUZON, J.M^a. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía en la Colina de los Quemados*. Córdoba.
- MANCEBO, J. (1992): “La cerámica de barniz o engobe rojo de Montemolín, Sevilla”, *Zephyrus* (en prensa).
- MANCEBO, J.; BANDERA, M^a.L. y GARCIA, J.M^a. (1992): “La cerámica gris a torno del yacimiento orientalizante de Montemolín (Sevilla)” *TP* 49, 277-293. Madrid.
- MARTIN DE LA CRUZ, J.C. (1989): “El Bronce en el valle medio del Guadalquivir” *Tartessos*, 121-143. Ed. Ausa. Sabadell.
- MUÑOZ, A. (1987): *La cerámica fenicio-púnica de Cádiz*. Tesis de Licenciatura (inédita). Sevilla.
- PELLICER, M. (1986): “El Cobre y el Bronce Pleno en Andalucía Occidental” *Homenaje a Luis Siret*, 245-250. Almería.
- (1989): “El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental” *Tartessos*, 147-187. Ed. Ausa. Sabadell.
- PELLICER, M. y AMORES, F. (1985): “Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B” *NAH* 22, 55-190. Madrid.
- PELLICER, M.; ESCACENA, J.L. y BENDALA, M. (1983): “El Cerro Macareno” *EAE* 124. Madrid.
- RUIZ MATA, D. (1992): “La época arcaica fenicia de Doña Blanca” *Revista de Historia de El Puerto* 8, 11-44. Puerto de Santa María, Cádiz.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1992): *Los iberos*. Ed. Crítica. Barcelona.
- TEJERA GASPAS, A. (1985): “Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)” *NAH* 26, 88-116. Madrid.

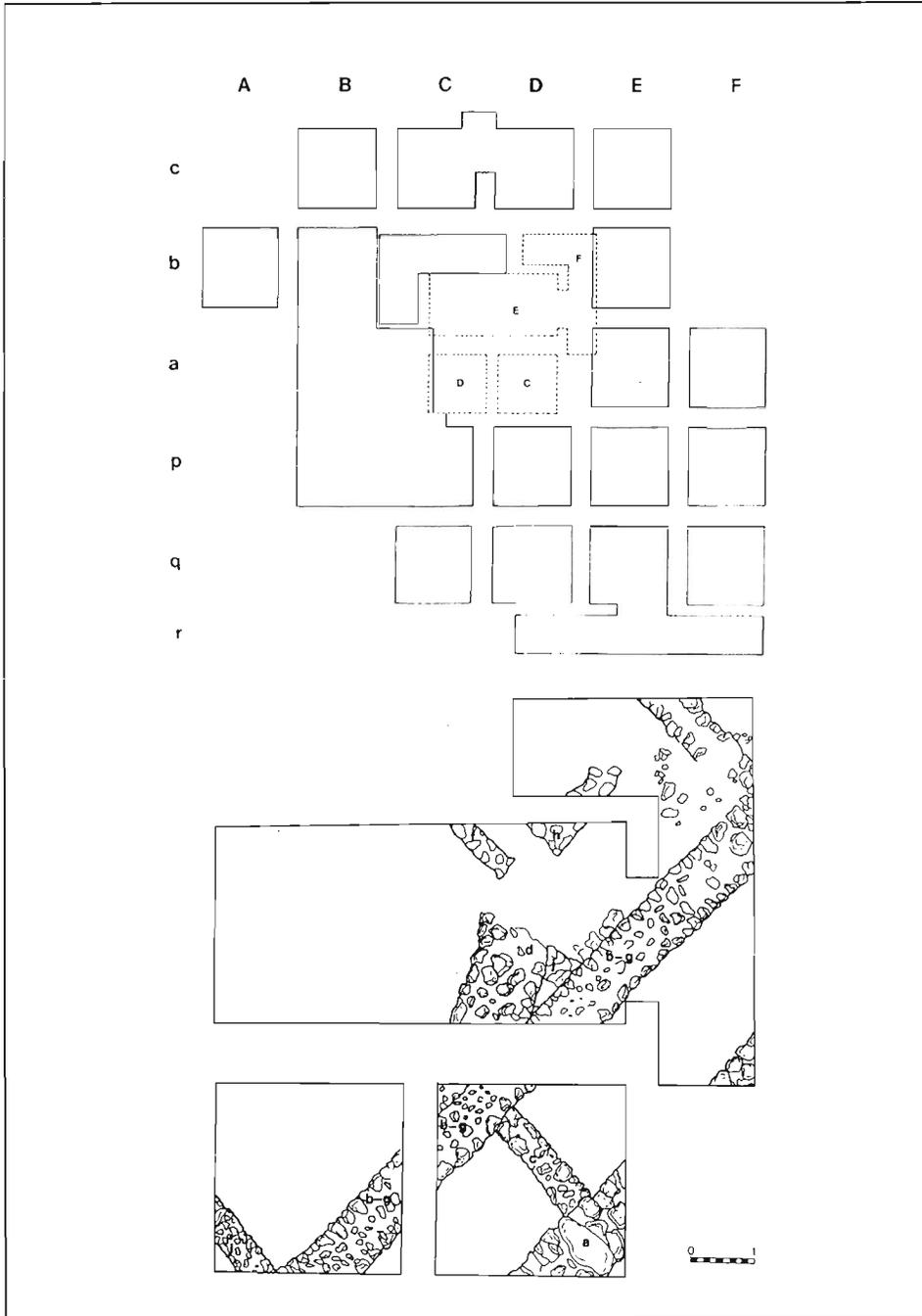


Fig. 1. Plano de la excavación.

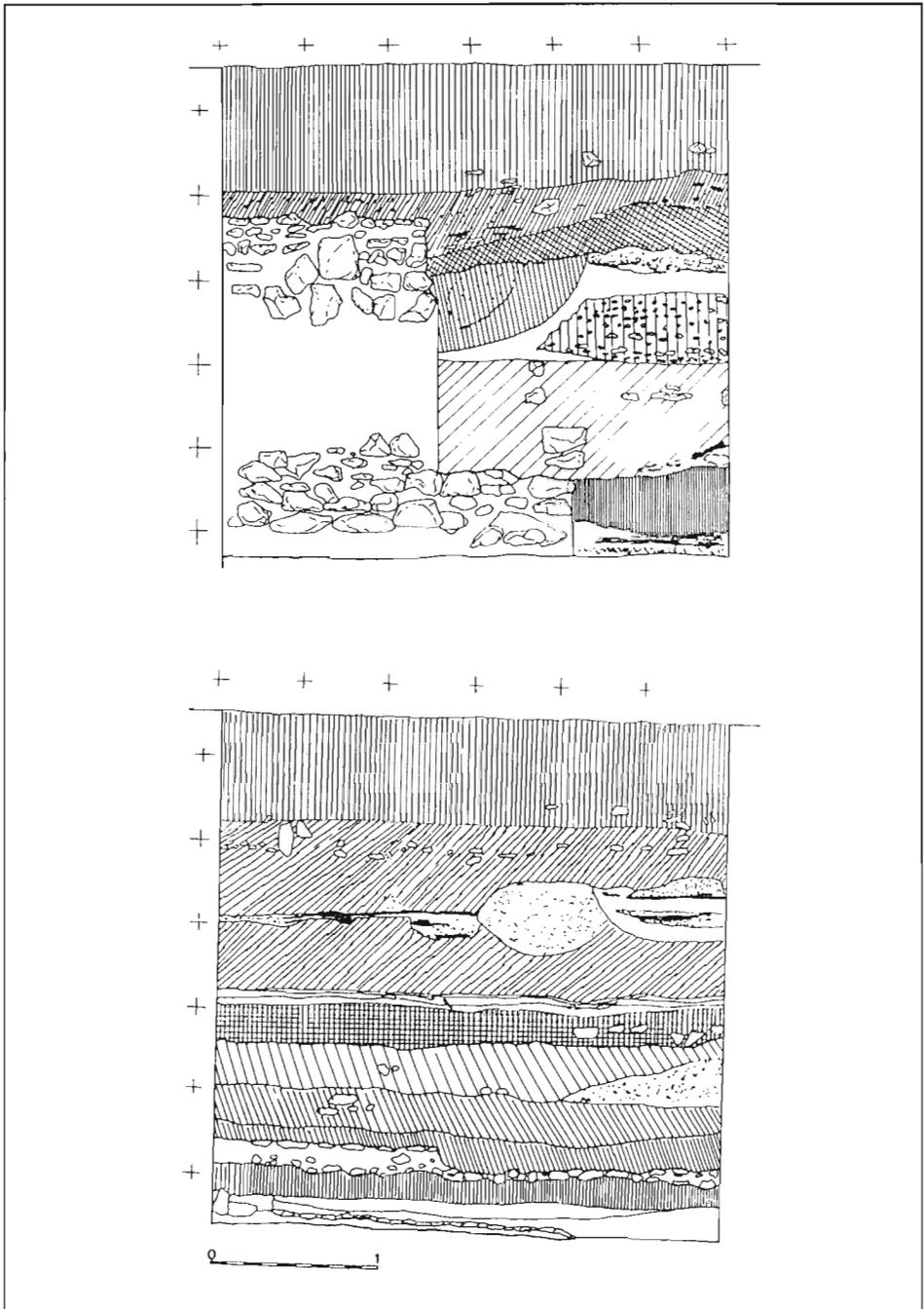


Fig. 2. Cortes C y D. Perfil N.

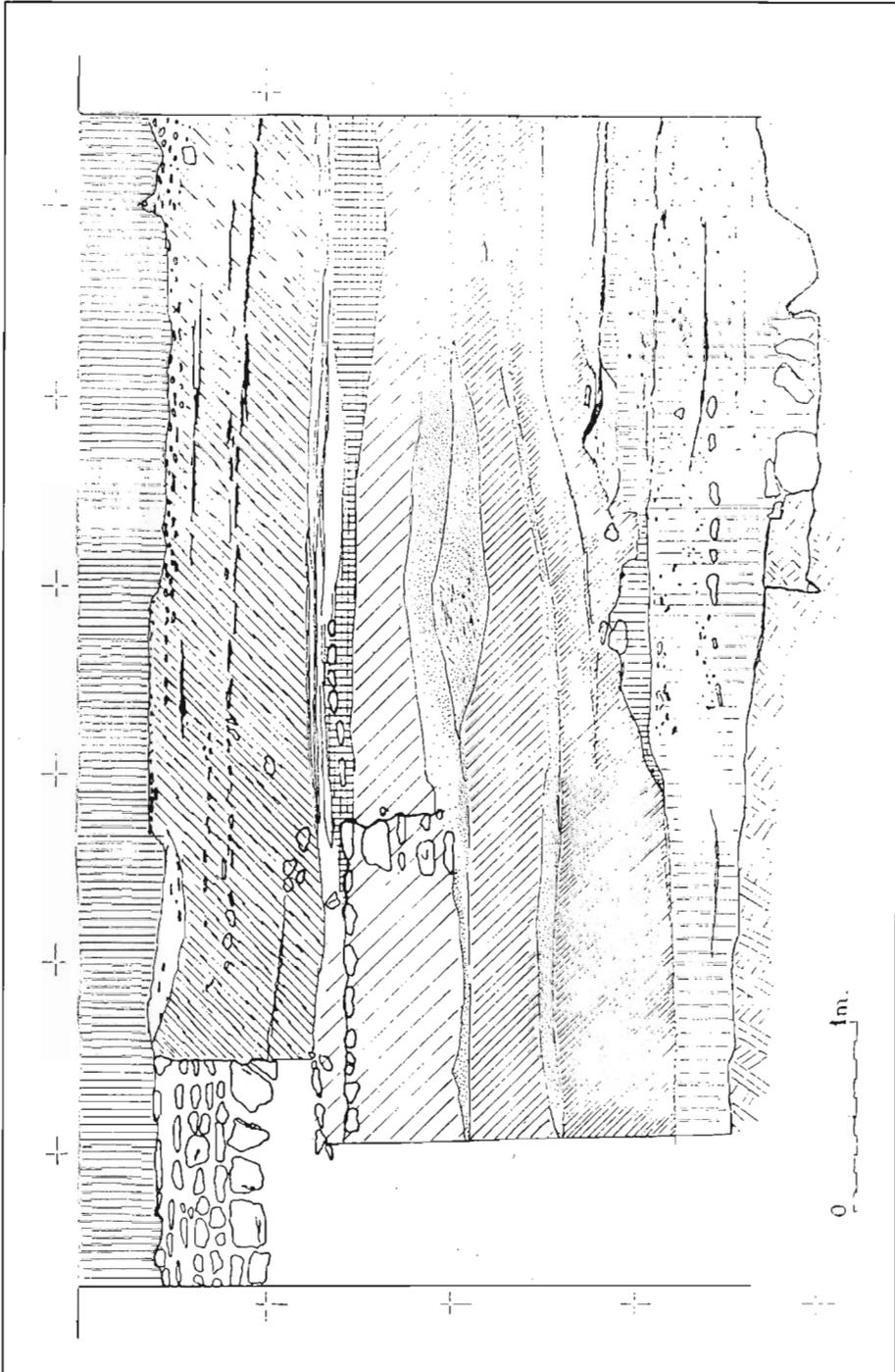


Fig. 3. Corte E. Perfil S.

de la BANDERA, CHAVES, ORIA, FERRER, GARCIA, MANCEBO

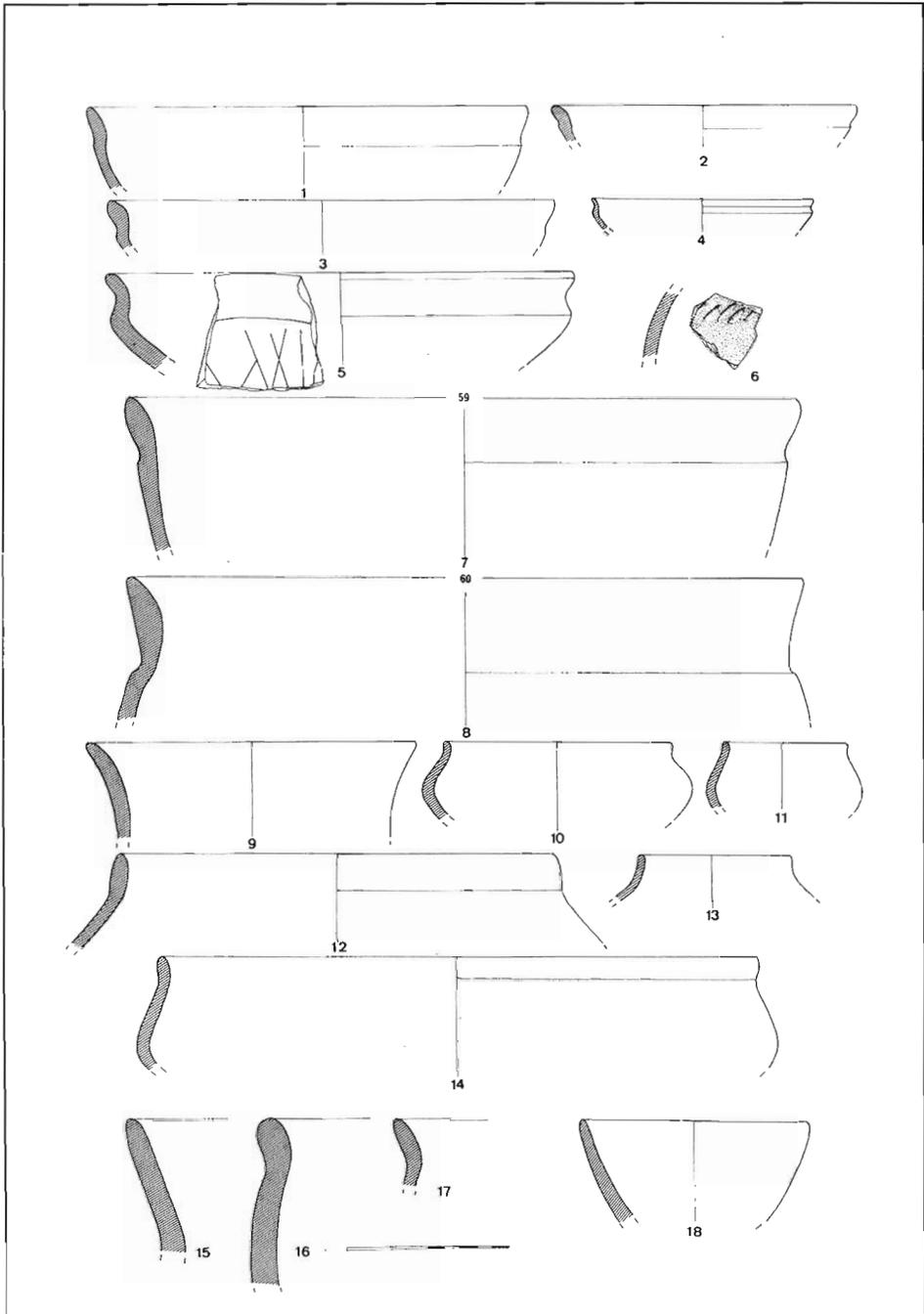


Fig. 4. Período I. Bronce Final Precolonial. Subfase Ia.

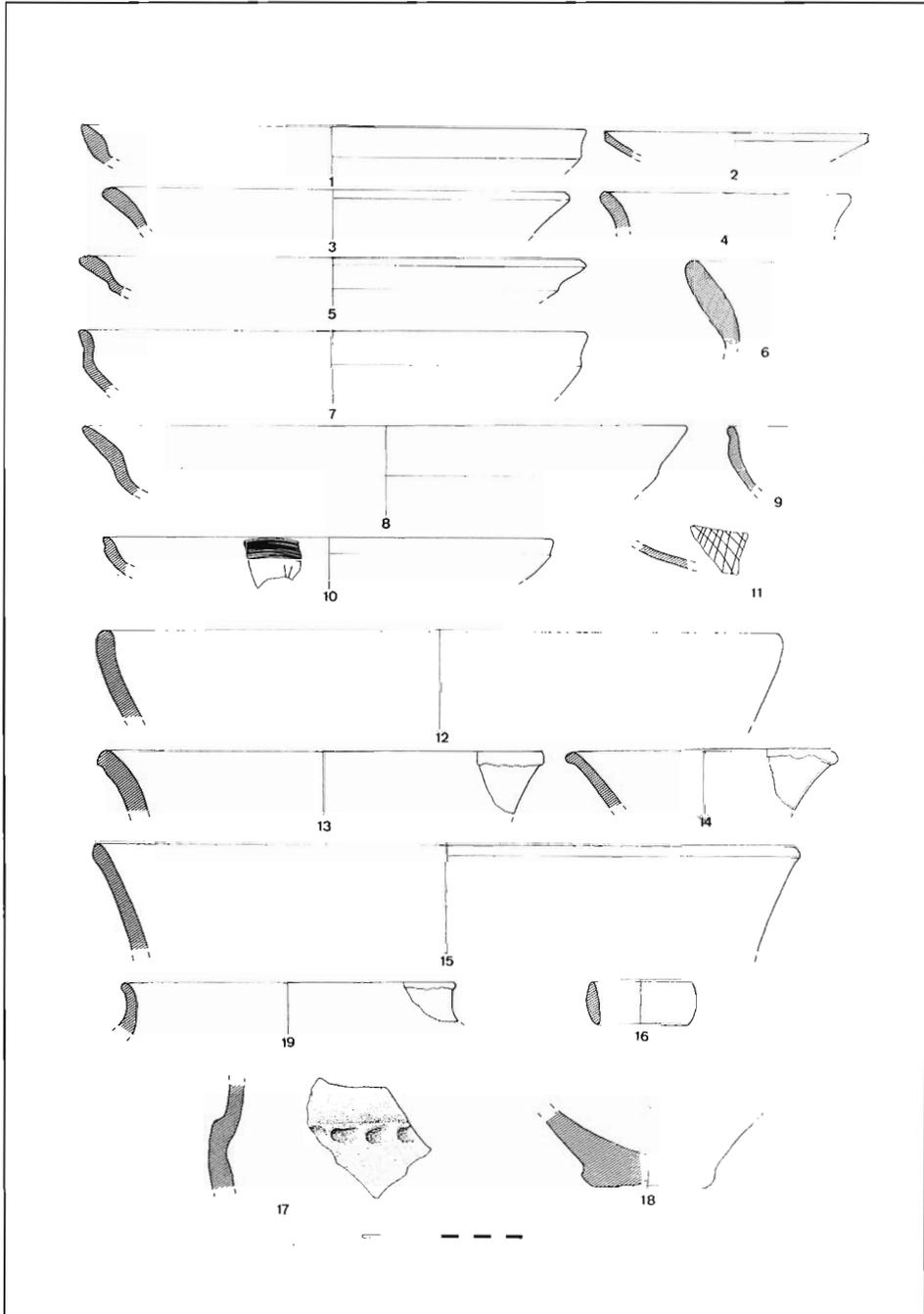


Fig. 5. Período I. Bronce Final Precolonial. Subfase Ib.

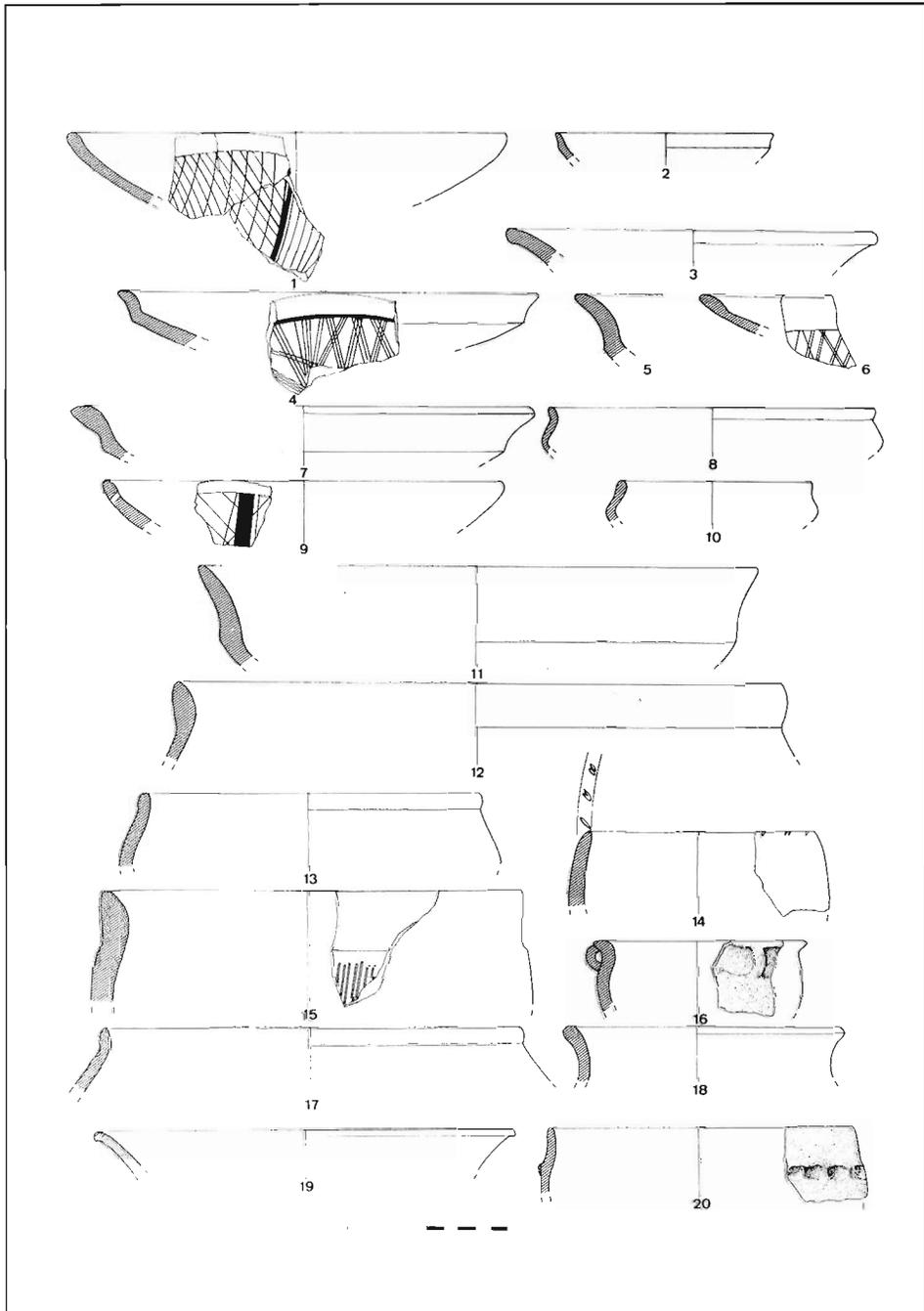


Fig. 6. Período I. Bronce Final cerámica a torno. Fase II.

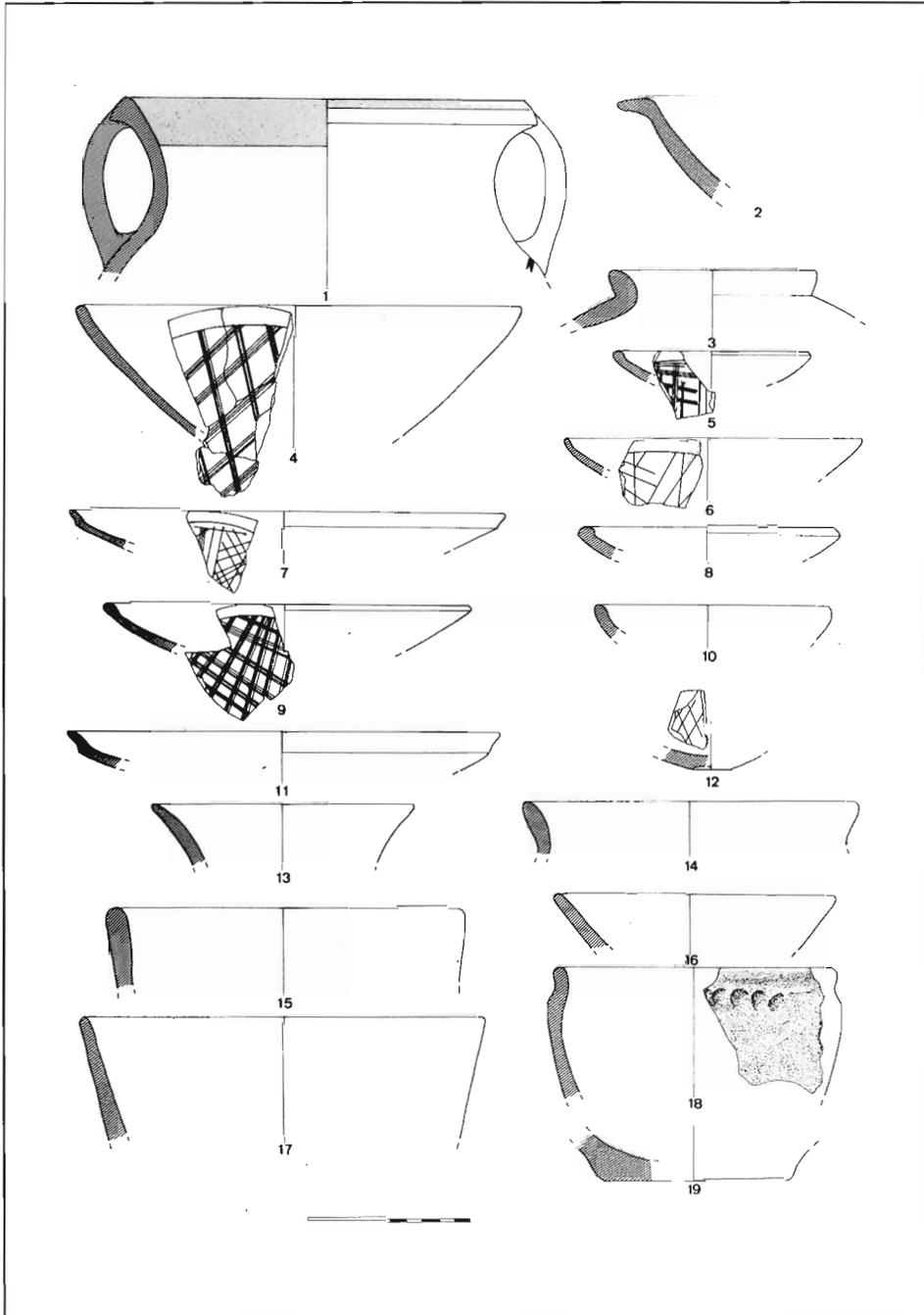


Fig. 7. Periodo II. Orientalizante. Fase I.

de la BANDERA, CHAVES, ORIA, FERRER, GARCIA, MANCEBO

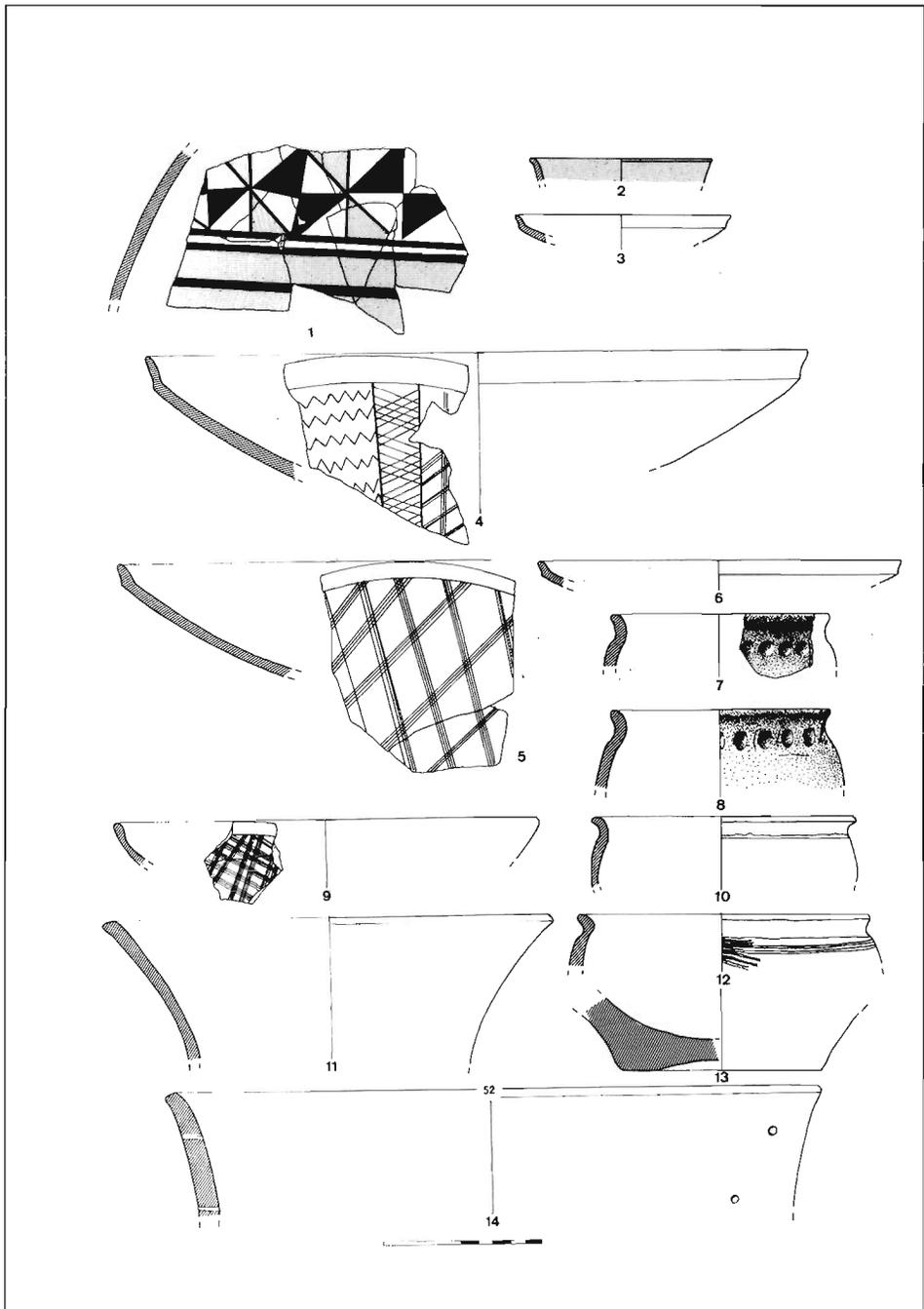


Fig. 8. Período II. Orientalizante. Fase II.

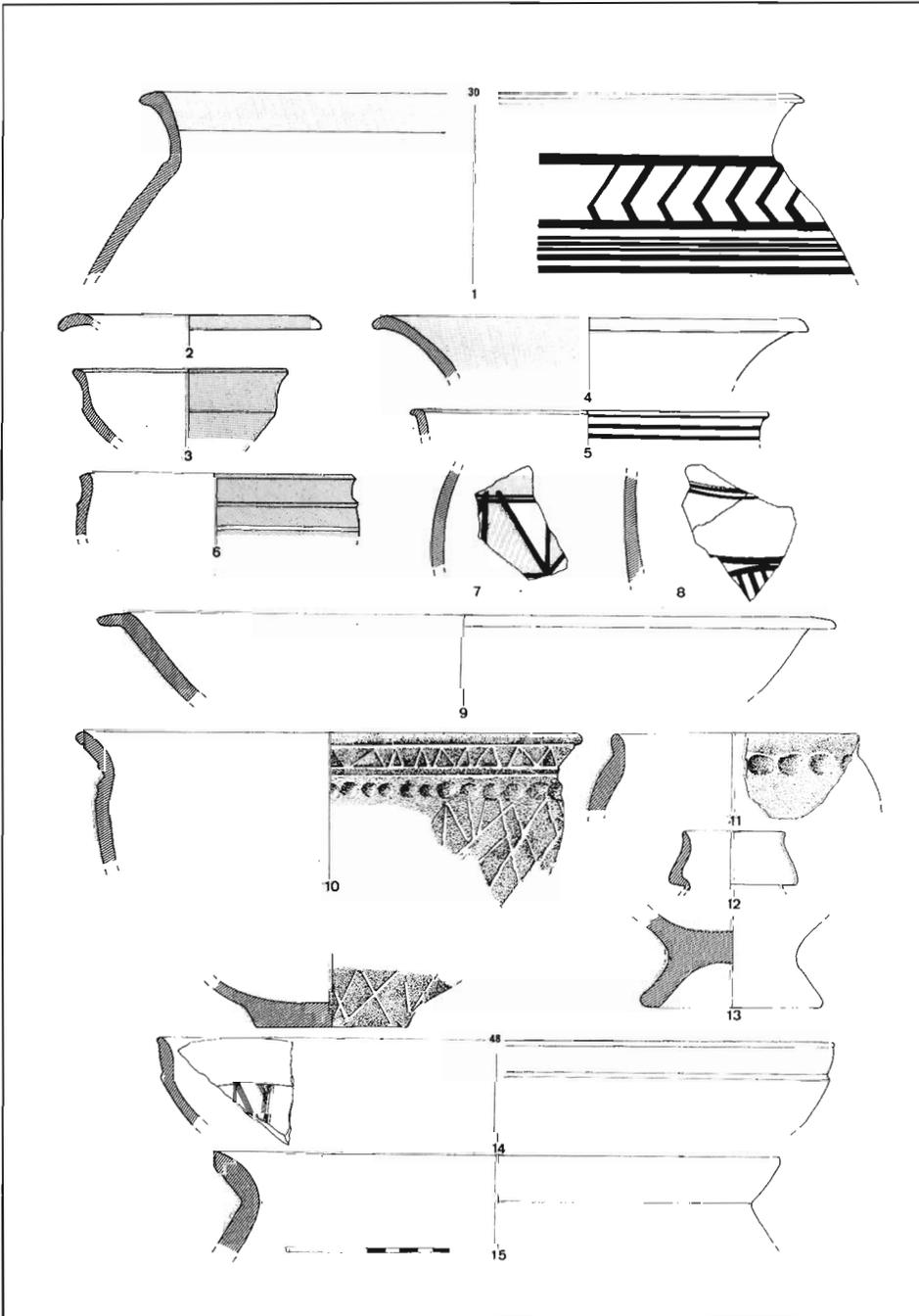


Fig. 9. Período II. Orientalizante. Fase III.

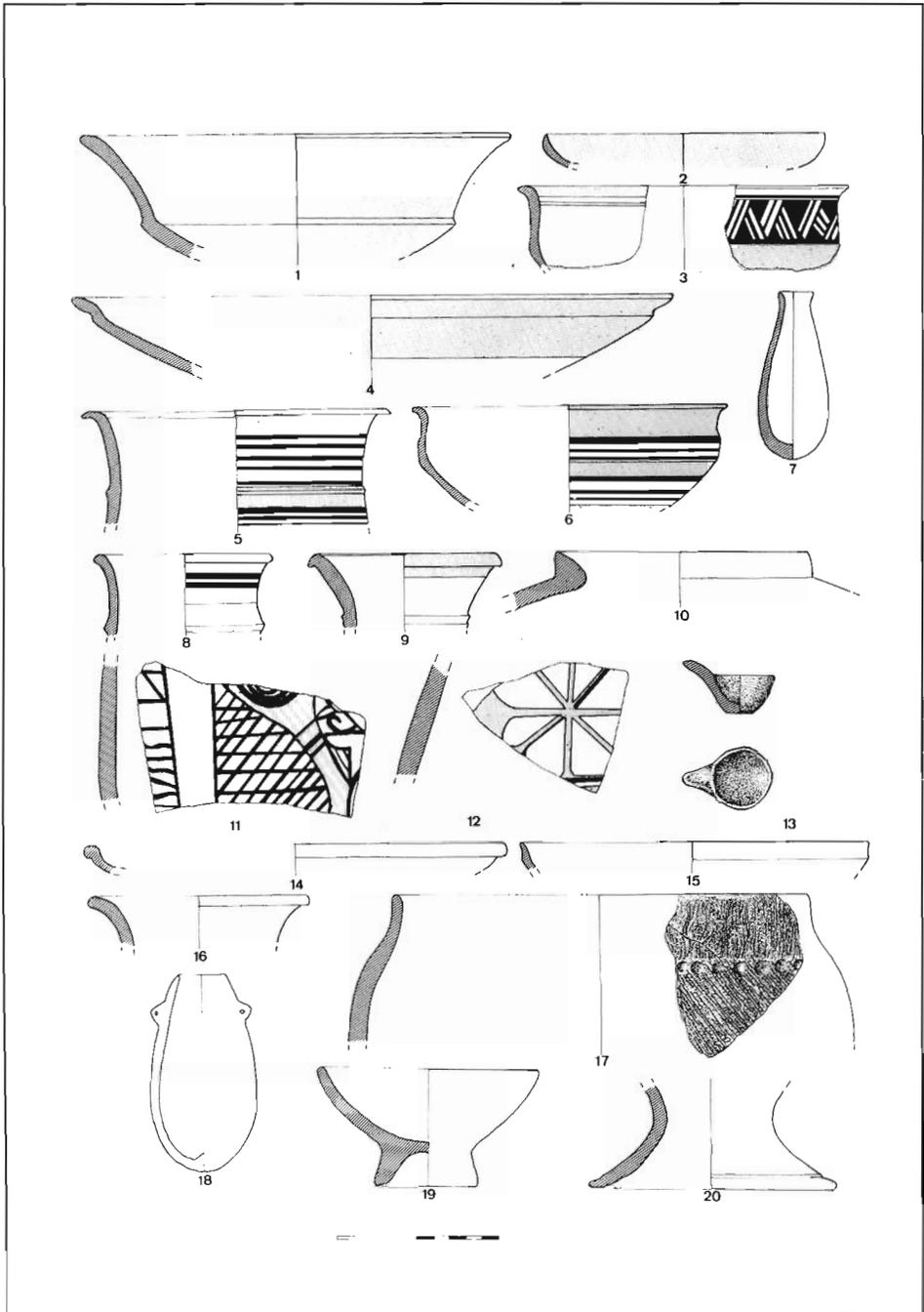


Fig. 10. Período II. Orientalizante. Fase IV.

PERIODO	FASE	ESTRATO	NIVEL	CORTE	F. CULT.	CRON.
I	Ia	XXIV-XXI	E- cata a E- 26b	E	BRONCE FINAL PRE-COLONIAL	IX
	Ib	XX-XVII	E- 26a a E- 21b	E		VIII
			D- 21 a D- 19	D		
	II	XVI-XIII	E- 21a a E- 14b	E		
			D- 18 a D- 14	D		
XIII-IX	C- 20 a C- 15	C				
II	I	XII-XI	E- 14 a E- 13 a	E	ORIENTA- LIZANTE	VII
			D- 14a a D- 13b	D		
	VIII	C- 14 a C- 11	C			
	II	VII-VI	C- 13 a C- 9	C		
	III	X-VII	E- 13a	E		
			D- 13a a D- 7	D		
			F- 9 a F-6	F		
	V-IV	C- 9 a C- 7	C			
	IV	VIb-II	E- 7 a E- 1	E		VI
			D- 6 a D- 1	D		
			F- 5 a F- 1	F		
	III-II	C- 6 a C- 1	C			
III	I	I	E- SUP.	E	IBERO- TURDETANO	III
			D- SUP.	D		
			F- SUP.	F		
			C- SUP.	C		

TABLA DE CORRESPONDENCIA ESTRATIGRAFICA.